

casi diré de una ciudad, sin volver continuamente la mirada á la historia de los otros países. Tal comunidad de destinos sentida siempre más ó ménos fuertemente, fué siempre reconocida y confesada, si bien por lo general aplicada de un modo poco feliz por los que regian Europa, cuando en el siglo xvii inauguraron la *política del equilibrio europeo*, que informó la diplomacia europea del tratado de Westfalia al de Viena. Pero á pesar de esto hay que confesar desde luégo, que la reciprocidad de acciones y de reacciones entre las condiciones sociales de los diversos pueblos, no alcanzó un tan completo desenvolvimiento y una manifestación tan constante y continua como en la época nuestra.

Han contribuido á este resultado particularmente los grandes y perfeccionados medios de comunicación, creados en los últimos años; los caminos internacionales que se han construido en gran número en todos los pueblos, los canales, ferro-carriles y telégrafos que ahora van á centuplicar su acción por medio de los teléfonos, todo esto ha influido decisivamente para fomentar las relaciones entre todos los pueblos; luego la difusión de la lingüística, por cuyo medio las ideas cualquiera que sea la forma que revistan, penetran por todas partes, saltan todas las fronteras y llegan hasta los últimos confines de la tierra, porque hoy entre las personas ilustradas los cuatro idiomas que ya así se llaman, son de rigor, esto es, el francés, italiano, inglés y alemán. La lengua española hablada en todos los continentes por varios pueblos y millones de habitantes tiene un séquito y resonancia tan grande como los más difundidos, y precisamente este vehículo es el que ha de usar preferentemente España para hacer sentir su acción y su influencia por toda la redondez de la tierra.

En las edades pasadas cuando una carestía ó una crisis afligía á un país, ó cuando el del lado nadase en la abundancia, las más de las veces no acudía en socorro del primero por la dificultad de los medios de transportes, despues porque la falta de comunicaciones debidas á multitud de concausas hacian que muchas veces se tuviera noticia del conflicto ó del desastre cuando este habia ya hecho sentir todos sus desastrosos efectos. Hoy por lo contrario tan pronto como una nación siente una penuria cualquiera, no solo de las de primera necesidad, sino de cualquiera otra clase que sea, los filántropos y los comerciantes de todos los países corren, apresúranse á proveerlas. Cuando estas son de aquellas irremediables, ora se trata de inundaciones como las de Hungría y Murcia, de las que solo puede remediarse en parte el daño material, ora de terremotos como los de Filipinas, ora de incendios, etc., de un lado á otro de Europa se abren suscripciones, y adelantándose los pueblos á los gobiernos envian su óbolo con que aminorar los perniciosos efectos del daño causado á las familias, á la propiedad, al trabajo. Cuando las crisis son puramente económicas, son tales y tan minuciosas las relaciones y lazos que unen entre sí á los diversos pueblos del globo, que á penas languidecen los negocios de un país, ya se siente su enfermedad en los países vecinos, y así resulta que á medida que va difundándose el mal este va perdiendo su intensidad cuanto va ganando en extensión.

Este es un hecho á la verdad hasta hoy poco advertido por los publicistas, y sin embargo no deja de ser importantísimo, á lo ménos en nuestra opinión, y por lo tanto, digno de que lo medite todo hombre de juicio y de corazón. Por que este hecho es la mejor confirmación, y al mismo tiempo el más eficaz vehículo para la práctica de aquel principio divino de la fraternidad universal que el género humano viene proclamando desde los primeros dias de su vida histórica y civilizada, pero que solo los lentos pero nunca interrumpidos progresos del comercio han permitido á Europa encarnar y aplicar. Si; en virtud de este hecho providencial, se nos manifiesta lo absurdo cuando no lo impío de aquel dicho de la filosofía antigua, aun todavía creído por ciertos espíritus enfermos, de que, los bienes de unos no pueden ménos de ser perjudiciales á los otros. Por lo contrario se ve y cada dia se demuestra que una nación que progresa y mejore por sí misma, que se haga más rica, más trabajadora y más culta, junta con su propia ventaja y provecho el beneficio de todas las otras estimulándolas á nuevas producciones, á nuevos comercios, á una santa rivalidad

en la perfección del trabajo. Un pueblo productor ha de desear que todos los otros pueblos acrecientan sus riquezas; porque cuanto más serán los ricos tanto más grande será la suma de valores que de ellos entrarán en el comercio, dándoles en cambio los valores que ellos no pueden producir, y de los cuales estos están abundantemente provistos. Además, en virtud de este gran hecho es que las guerras se hacen cada vez más difíciles, porque siendo cada vez más desastrosas y no pudiéndose perjudicar un pueblo sin que el otro se resienta, concéntanse los provocadores contra sí la oposición y el aburrimiento general, y más aun en el caso de que la guerra lo sea de pura conquista, ó movida por personal ambicioso.

Pero todas éstas favorables circunstancias y condiciones desgraciadamente están de un lado contrariadas, y del otro redondamente perjudicadas, haciéndolas punto ménos que inútiles é impotentes por un hecho en verdad doloroso.

Lo cierto es, que por grandes que sean la suma de fuerzas productivas que dichos progresos han dado, por grande que sea la suma de medios de bienestar y de cultura que nos suministran, es necesario convenir empero en que la vida colectiva de muchos pueblos, permanece siendo intrínsecamente muy imperfecta, ó que no mejora sino con una lentitud desesperadora, sobre todo en parangon con la rapidez con que la ciencia hace sus maravillosas conquistas. La política en vez de seguir el movimiento ascendente de la industria, de la economía y de las doctrinas positivas, parece tal vez retroceder. La máquina gubernativa de la mayor parte de los estados es muy pesada, y tan complicada, tan arbitraria y opresiva, como en los siglos posteriores. ¡Cosa extraña, pero exacta! Las dos ciencias de las cuales el hombre tiene mayor necesidad, y de las cuales está en gran parte dependiendo el progreso, la medicina y la política, son por suerte las que ménos progreso han realizado. Las condiciones del progreso político son tan inciertas, y en general tan desconocidas que á punto de cumplirse el primer siglo de la revolución francesa, ni una sola de las grandes cuestiones puramente políticas puestas á la cabeza, desde entónces, han recibido una completa y adecuada solución. Los ejércitos permanentes, la centralización, los abusos del crédito público, la tiranía de una parte y la licencia de otra, la idea religiosa ahora abiertamente conculcada, ora impiamente profesada y llevada á mal fin, desterradas á veces todas las libertades, amenazados todos los órdenes, tales son por desgracia los graves males que afligen á la sociedad europea, las causas que excitan y estimulan las sectas subversivas, enfermedad que todavía hace más viva y dolorosa y más manifiesta el progreso en la esfera puramente económica.

Tal es la antinomía de que hemos hablado. ¿Existe empero realmente esta antinomía? Sí, en verdad, considerando la situación política por sus pequeños lados, pero no si la vemos ya resuelta más ó ménos completamente en aquellos estados donde la libertad y el orden viven como hermanos gemelos una misma vida, y sienten unas mismas aspiraciones.

Dicho se está que si tomamos ejemplo de nuestro país, siempre amenazado de un cambio radical de instituciones, de nuestro país donde parecen inconciliables las aspiraciones de los partidos adictos á un mismo orden de cosas, la antinomía existe; pero si á la vez se compara con nuestra situación política nuestra situación económica, se verá claro como hay una casi concordancia entre los términos que quieren declararse en oposición.

Hémoslo ya indicado al hablar de América, y es un hecho de toda evidencia. El desenvolvimiento político y liberal de un pueblo está en relación directa de su desenvolvimiento industrial. La nación más industrial será la nación más liberal, y á la vez la nación en la cual el orden público, esa suprema aspiración de los pueblos, será el más perfecto, y por lo tanto el más sólido é inquebrantable.

Las naciones industriales tienen en la misma organización de la industria, y en las necesidades de esta organización su más sólida base y defensa. Esta organización industrial disciplina todas las clases, las somete todas á una ley de reciprocidad, á la ley de la reciprocidad económica, y esto hace que esta sea fundamento de la ley general de los servicios

públicos. La organización industrial es en pequeño la de un estado político acabado. En ella hay varias clases y gerarquías, en ella hay varias condiciones y estados, y deben armonizarse todas estas condiciones del estado industrial para que la industria exista, pues de lo contrario todos sus elementos han de dispersarse, y de no ser posible esta dispersión por que una ley, una medida coercitiva lo impida, la lucha, la lucha brutal, la fuerza se encarga de buscar una solución más ó menos justa, pero siempre de conformidad con los vencedores, y en perjuicio de los vencidos. Tiene la industria sus cámaras, tiene la industria sus tribunales, imagen y reflejo de las cámaras políticas y de los tribunales de todos los órdenes de una nación bien organizada; en las primeras se discuten las condiciones variables que rigen las relaciones entre el capital y el trabajo; en los tribunales de clase, y en los tribunales mixtos se juzgan las agresiones y contravenciones del orden industrial y se condenan los delincuentes.

Cierto que todo esto no tiene aun en Europa una aplicación definida y rigurosa; que aun en la misma Inglaterra cuya organización industrial en algunos puntos está mas adelantada, funcionan mal y con dificultad los organismos legislativos de la industria, pero esto no quiere decir que estos no existan, y que su desenvolvimiento no sea cada dia mayor.

Ya hemos dicho que en donde marcha mejor aparejada la organización industrial es en el norte América, por esto la vemos allí marchando y desenvolviéndose armónicamente con la organización política.

Pero dejando á América á un lado, véase en Europa, Inglaterra, Francia, Bélgica y Suiza, y ese armónico progreso que tanto encomian los publicistas resultará para dichos países como efecto del desenvolvimiento industrial del pueblo. Por esto cuando no era paralelo ese desarrollo habia tremendas colisiones entre los varios elementos ponderativos del estado, pero desde el momento en que la unión se hizo, esas colisiones han perdido el carácter de revolución social que antes revestian para tomar la de puros movimientos políticos como el mas terrible de todos, por ejemplo, como el de la Comuna que fué una pura reivindicación de franquicias municipales por no tener ejemplo en la organización industrial, pues la industria si consiente las grandes compañías como las de Mulhouse y de Essen, por ejemplo, ó como las del Lloyd austriaco para citar otra clase de industria que venga á completar con las dos primeras las diversas fases de la gran industria, su organización está basada en una federación de intereses y de órganos particulares de la producción que realizan en la esfera industrial el lema de los Estados Unidos de América *e pluribus unum*. Así hemos visto que este único ejemplo que presenta la industria ha querido ensayarse en Francia este mismo año, pues entre los varios proyectos presentados para la autonomía municipal de París se ha presentado uno basado en la federación municipal de las varias alcaldías (tenencias) de la gran ciudad. Elocuente ejemplo que prueba cuán exacta es la conclusión de la ciencia política positiva que funda y espera en el desenvolvimiento industrial las bases sólidas y definitivas de un buen orden político. Examinemos ahora rápidamente las condiciones económicas de Europa.

Europa económicamente considerada puede dividirse en tres regiones, con bastante exactitud delimitadas por los siguientes límites geográficos.

1.^a Parte; *Sudoeste*, comprendida entre los 50 grados de la latitud norte, el Mediterráneo, el Atlántico, y el grado 15 de longitud Este.

2.^a Parte; *Noroeste*, situada al septentrion de la precedente, y con los mismos confines de Levante.

3.^a Parte; *Este*, que comprende todo el norte de Europa al oriente de los 15 grados de longitud.

Comprende la primera parte Portugal, España, Francia, Alemania de la Baviera á la Bohemia y medio dia de la misma, é Italia, es decir, los países herederos de la civilización romano católica.

Abraza la segunda la pequeña parte del norte de Francia, Bélgica, la Alemania septentrional, el reino unido de la Gran Bretaña, Dinamarca y Suiza, pueblos, en suma, poseedores, en general, de la civilización anglo-teutónica protestante.

Contiene la tercera gran parte del imperio austriaco, la Turquía europea y Grecia, campo de la civilización eslavo griega.

Inútil decir que esta repartición no puede ser exactísima en todas sus partes, que no es una división absoluta, sino proporcional, y que como es natural hay que encontrar por sus límites países ó comarcas que en más ó menos participan de las condiciones económico civiles de las partes limítrofes. Por ejemplo: en la primera parte es imposible determinar de un modo categórico la línea precisa de separación entre Francia meridional y la del norte; y aquí tenemos países, como parte de Suiza y de Alemania que no pertenecen á la civilización latino católica. De la misma manera en la segunda sección Irlanda ha de exceptuarse del grupo anglo sajón, y Bélgica se proyecta en el continente. En fin, en la tercera habrá iguales reservas que hacer respecto del campo greco eslavo, por ejemplo en Hungría, en los países danubianos, en la Turquía europea, y aun por lo que toca á la historia comercial á la Grecia propiamente dicha.

Hechas estas advertencias en verdad necesarias, creemos sin embargo que el trazado dicho puede tenerse comparativamente por el más exacto y verdadero, y el que mejor sirve para explicar la mayor parte de los importantísimos problemas económicos que al estado social de Europa se refiere: lo que estamos en ocasión de demostrar.

La primacía económica comercial ha pasado sucesivamente de la primera á la segunda de las dichas partes, y segun todas las probabilidades no pasará jamás á la tercera. Dicho se está que no podemos aquí desenvolver en un corto número de párrafos todas las razones históricas, estadísticas, geográficas y económicas, por medio de las cuales hemos debido llegar á la anterior conclusión. Nos limitaremos, pues, á las siguientes breves consideraciones.

Deben los pueblos del mediodía de Europa principalmente al Mediterráneo su precoz civilización, y de aquí su superioridad comercial que por muchísimo tiempo pudieron guardar sobre las otras naciones: Este mar bañando simultáneamente, bajo un clima templado, las costas de Asia, Africa y Europa, ha desarrollado admirablemente las amistosas relaciones de estas tres partes del mundo antiguo, y la emigración de colonos fenicios, egipcios y cartagineses.

Ofreciendo, además, sobre una extensión relativamente pequeña, una multitud de islas, golfos y penínsulas, ha favorecido con ello extraordinariamente la navegación en épocas en las cuales esta perdía rara vez la vista de la costa. Así se comprende cuán corto fuese el horizonte geográfico y comercial de Europa en aquel entonces, y como las dos cadenas de los Alpes y de los Pirineos formasen poco más ó menos los límites, pasados los cuales desaparecía toda civilización.

El ambar amarillo y el estaño eran casi los únicos artículos que, en aquellos remotos tiempos, atraían el tráfico á las costas de Alemania y de Inglaterra; y este tráfico lo hacían pueblos del mediodía. El mercado europeo, pues, se limitaba al litoral y á las islas del Mediterráneo.

Primero Grecia (y por esto hemos dicho que bajo el aspecto comercial histórico se destacaba de la tercera parte y tomaba puesto en la primera de las tres en que hemos dividido á Europa); luego Italia, y despues las costas meridionales de Francia (el comercio marsellés de la época griega) y de España (Edad Media y moderna), hé aquí la sucesiva ampliación del teatro de la civilización, de los mercados y de las riquezas, de la antigüedad y Edad Media.

Roma con sus conquistas militares, ayudó, sin quererlo y sin saberlo, el movimiento expansivo de los gérmenes de aquella vetusta civilización. La autoridad universal del pontificado y la índole cosmopolítica de las relaciones de las cuales constituía el pontificado á